

PATATAS DE CALDO



Ya hacía más de una hora que había anochecido. Era noche cerrada y oscura de luna nueva. En el cielo, diáfano de nubes, titilaba una miríada de estrellas. Era verano, el campo estaba exultante de vida y el pasto para el ganado abundante. La atmósfera desprendía vibraciones de serenidad. A lo lejos se oía cantar al cárabo y más cerca, en los montes circundantes, si se prestaba atención, se sentía el suave y melodioso roce de las ramas altas de los pinos movidas por la ligera brisa de la noche.

Aquí, en medio del bosque de Muela Pinilla y en una tinada de El Contairo, dos pastores, adultos en responsabilidad y críos en edad, preparaban su cena. La paridera tenía cortado un rancho con latas de pinos, que formaba un reservado de unos cinco o seis metros cuadrados, en donde los chavales cenaban y dormían. Fuera, las ovejas rumiaban el abundante pasto comido durante todo el día.

El mayor de los jóvenes tendría catorce años, el otro aún no había cumplido los doce, pero ambos conocían bien el paraje que pastoreaban; no en vano habían sido arrancados de la escuela a los nueve años, pese a las protestas del maestro, y puestos a cuidar ganado.

Aquel día habían estado de careo por la finca de Belvalle, con prados abundantes y frescos en primavera y verano. Ese mismo día otro pastor de más edad, con cuyo atajo de ovejas se habían juntado en el lugar, y que era aficionado a los libros, les había contado que desde los tiempos de rey Alfonso X El Sabio esa finca era muy apreciada por un sindicato de ganaderos que se llamaba la Mesta, pues allí acudían con sus rebaños cuando volvían de las dehesas andaluzas por las cañadas reales de media Castilla, una vez pasados los rigores del invierno.

Desde las cumbres de Belvalle se veía, allá abajo y embutido en un profundo cañón, el río Tajo. Al otro lado del río, en su margen derecha, se encontraba la provincia de Guadalajara; de éste lado, por su margen izquierdo, estaba situado el límite de la provincia de Cuenca.



El Puntal. Masegosa.

Paraje donde los «nacionales» confiscaron el ganado de Masegosa.

Corría el año 1937. La línea del frente se encontraba precisamente en ese mismo río. Del lado de allá, en Peralejos de Las Truchas, había algunos soldados pertenecientes a uno de los bandos. De éste lado habían tenido ocasión de ver varias trincheras emplazadas sobre los cerros de El Misal, La Rocha del Tornillo y El Machorro, en las que soldados del otro bando, con metralletas, vigilaban las empinadas cuestas que ascendían desde el Tajo.

El frente no se había movido desde el principio de la contienda y a lo largo de aquella línea de fuego no se había disparado ni un solo tiro. ¿De qué tener miedo entonces, siendo, además, dos imberbes zagales?

En sus pequeños morrales de piel de cabra llevaban de merienda una rebanada de pan cocido en el horno municipal y una tajada de tocino de la matanza. En el hato, que guardaban en unas viejas alforjas colgadas de un gancho puesto en el rancho de la tinada, había dos chorizos, patatas, ajos, aceite y sal. Eran los ingredientes justos para preparar la cena de aquella noche: las patatas de caldo. También tenían en las alforjas un taleguillo con harina de almortas, pero las gachas las habían cenado el día anterior.

Mientras uno contaba las ovejas al saltar la senda que sube hasta el Contairo, por donde, al ser el paso tan angosto, debían pasar los animales de uno en uno, el otro muchacho se adelantó para ir preparando la cena. Extendió su manta de Priego y sobre ella fue depositando las patatas según las iba pelando. Luego peló varios dientes de ajo y los puso en el mismo lugar.

La lumbre ya ardía desde hacía un rato y la madera crepitaba en un rudimentario fogón dispuesto contra la pared del rancho con verdadera fruición. Descolgó las trébedes y la sartén y las colocó al fuego. Puso el aceite a calentar mientras iba trinchando las patatas en trozos pequeños. Con el aceite hirviendo echó las patatas a la sartén y empezó a darles vueltas. La paleta era de madera de buje, labrada por el padre de uno de ellos a base de navaja y paciencia. Puso una pizca de sal a las patatas y siguió revolviendo. Cuando estaban a punto de dorarse añadió los dientes de ajo y los chorizos. Dos vueltas más para que los ajos y los chorizos soltaran en el aceite su sustancia y con el chorro del botijo fue llenando la sartén hasta que el agua llegó al borde.

El compañero comenzaba a encerrar el ganado, cuyas unidades se esparcían a su antojo entre la parte techada de la tinada y la parte descubierta del corral, a la par que el joven cocinero apartaba el guiso de la lumbre para que se fuera enfriando. Tomó una cucharadita con la punta del cazo para catarlo e hizo un gesto de satisfacción: le habían salido unas patatas bien cocidas, sabrosas, en su punto de sal y con el caldo bien trabado.

- ¡Qué bien huele eso, Galo! Llevo tres horas que me están pitando las tripas de puro vacías que están. Cuando me sienta a cenar no pienso parar hasta que reviente -dijo el que acaba de entrar.

- Pues venga, no te entretengas, Julio; alcanza las cucharas y el pan, y arrímate al rancho, que estoy por empezar yo solo. Es éste el momento que más me gusta del día.

Llevaba Julio las cucharas en la mano cuando a lo lejos creyó oír ladridos de perros y tintineos de cencerros. Paró su propia respiración para concentrarse mejor en el sonido del exterior y confirmó que en todas las direcciones de la sierra había ganados agitados y perros nerviosos. ¿Qué estaría pasando?

Pudo más la curiosidad que el hambre y el zagal se dirigió a la puerta de la paridera para percibir mejor los sonidos de la noche e intentar comprender qué pasaba. La noche era oscura como la boca del lobo y sobre un fondo de cielo almendrado de estrellas se transparentaron dos siluetas de hombre con fusil en mano saltando las paredes del corral.

- ¡Soldados!; ¡vienen soldados! -balbuceó el muchacho.

- Hombre, mira, si son dos críos. ¿En dónde se ha quedado vuestra mamaíta? Llamadla para

que venga a darnos teta a nosotros también -fue el saludo que al instante les dirigió uno de ellos.

Los chavales se habían quedado paralizados, pálidos y sin voz. El único músculo que se activó en ambos fue el de la uretra.

Mientras uno de los soldados retiraba los bardos de la puerta del corral, el otro, sin dejar de vigilar a los pastorcillos, jalaba al ganado para que saliera.

- Quedan confiscadas estas ovejas en nombre del Gobierno del Glorioso Alzamiento Nacional. Andando, chavales, y deprisa; llevadlas hasta Belvalle que tenemos que cruzar el Tajo antes de que sea de día.

Galo seguía paralizado, sentado sobre el saco de paja que usaba para dormir. Era incapaz de ponerse sus albarcas, que un rato antes se había quitado para preparar más cómodamente la cena. Con las manos temblorosas intentaba encajar la hebilla en el ojal de la correa para calzarse y aquélla no había manera de insertarla.



Con las ovejas ya fuera, el muchacho continuaba paralizado y atrapado por su propio miedo. Uno de los soldados, apuntándole con el fusil, le espetó a bocajarro:

- Venga, mocosos, o meneas ese culo o te lo muevo yo con un tiro en los güevos.

En ese momento, el soldado que amenazaba a Galo vio en un rincón junto al fuego las patatas de caldo, a punto para ser comidas.

- ¿Ha visto, mi sargento, el banquete que se iban a dar los dos chavales?: patatas de caldo; ¡qué ricas debían estar! Una lástima que no tengamos tiempo de aceptar la invitación que tan amablemente nos han hecho estos mocosos -y dirigiéndose a los pastores les dijo con sorna- ¿O es que os las pensabais cenar vosotros solos?

Y metiendo su manaza en el guiso que aún humeaba en la sartén tomó los dos chorizos, que sacó pringados en caldo. Sin apenas intervalo se metió uno de ellos a la boca a la par que gritaba a su compañero:

- Tenga un chorizo mi sargento. ¡Están de muerte!

Luego de soltar un sonoro cructo dio una patada tan fuerte a la sartén que las patatas cocidas fueron a insertarse entre las piedras de la pared del fogón, en tanto que el caldo caía sobre la lumbre y apagaba las llamas.

- Venga, andando, que es para hoy.

A los pocos instantes soldados, ovejas y pastores desaparecían en dirección a la oscuridad.

Joaquín Esteban Cava